

EDITORIAL

“Es más que todo este fragmento, un sacudimiento violento y oportuno a los espíritus jóvenes, que parecían sumergidos en una profunda y deplorable apatía”

Juan Bautista Alberdi

“La mirada sigue los caminos que se le han reservado en la obra”

Paul Klee

Nos invade la certeza de tener, como generación, la consistencia de un fantasma. De este espectro –nos repetimos– no quedará nada, salvo un nombre que parecerá falso y algún que otro grito tímido acariciando la pared de una casa hace tiempo abandonada. No se nos malinterprete: no proclamamos entusiastas que nuestro sentido sea la ausencia de sentido; más bien todo lo contrario, pero tememos que, al mirar nuestro cuerpo allí donde nos duele, nos encontremos con que nos han amputado.

El espacio de producción, circulación y discusión de ideas parece simplemente desvanecerse poco a poco; esta facultad sin ir más lejos –salvo escasas y, por ello honrosas, excepciones– parece un espacio más bien difuso. ¿Qué discute nuestra generación? Foucault camina entre nosotros, pero es también un fantasma y está prácticamente solo.

Concomitantemente, la política parece reducirse a intrigas de corte, querellas personales más que alternativas programáticas. Peor aún, el éxito electoral parece depender de cierta laxitud en la proyección política.

Después de los sesenta, la imaginación teórico-política y la crítica como ejercicio de autonomía parecen haber llegado a sus propios límites, para caer en un silencio que se asemeja más al de la modorra que al que acompaña a la moderada reflexión. Nuevamente, no se nos malinterprete: no propiciamos regresar a la violencia de esos años, ni volver a teorías que, en cierta medida (en su versión dogmática), consideramos ya periclitadas. Es más bien la conciencia de que ello ya no es una alternativa lo que nos produce desasosiego: parecería ser que con la pérdida de legitimidad del comunismo como discurso político (explicable –y justificada con las reservas

del caso— por la experiencia totalitaria soviética) el mundo se ha volcado a un unilateralismo y una ceguera que rozan lo vergonzoso.

Este es, pues, el panorama, el horizonte de sentido: despolitización, ausencia de pensamiento político en el sentido fuerte —y único válido— del término; *esto es* una actividad colectiva reflexiva y lúcida que apunta a la institución global de la sociedad. En este sentido, señala Castoriadis que la política es un momento y una expresión del proyecto de autonomía: no acepta pasiva y ciegamente lo que ya está allí, lo que fue instituido, sino que lo vuelve a cuestionar. Y lo que está cuestionando puede ser la Constitución, las leyes, las representaciones colectivas dominantes en el mundo, la sociedad, la verdad o los valores.

El hecho de que los jóvenes que hacemos esta revista —por cierto, un grupo numeroso (unos de los más numerosos en la historia de la publicación) y heterogéneo— nos hayamos reunido en un ámbito heredado e institucional con estas ansias de renovación es ya sintomático de nuestro clima generacional.

Pero es precisamente ese horizonte de sentido de conformismo generalizado el que, lejos de reducirnos a la inmovilidad, nos motiva a la creación: creemos que solo es posible desprenderse de la ausencia de sentido involucrándonos con el proyecto de autonomía: haciendo política, pensando, inventando. El inventor, en el sentido moderno del vocablo, es una invención del siglo XIX; como casi todas las cosas del siglo XIX, alcanzó su perfección en el XX: no dejemos que degenera en el XXI. El inventor de profesión es un hombre dedicado a la ideación y realización de aparatos que sorprenden por su inutilidad. A esa tarea pretendemos abocarnos, a esa tarea convocamos a nuestros contemporáneos: proponer al mundo un orden —otro orden—, a ser utopistas efímeros, a corporizarnos en tanto generación, a *ser* generación. Para ello es necesario producir, desarrollar la capacidad de utilizar con destreza herramientas teóricas, conocer la tradición para revisarla, es necesario, en definitiva, aprender. Con la firme convicción de que, como señala Alberdi, se aprende escribiendo, esta revista ha sido, a lo largo de su vasta trayectoria, un espacio en el que los jóvenes estudiantes han podido dar a conocer sus escritos para, más que enseñar, explorar sus propias creencias.

Resulta entonces que nuestra historia podría empezar así, de un modo pesado y lento, aquí, en una escalera, un lugar neutro que es de todos y de nadie, donde se cruza la gente casi sin verse, donde resuena lejana y regular la vida de la casa...